



bam
bú

AMÉRICA

HEKA
Un viaje
mágico
a Egipto

Núria Pradas

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S. A.

© 2010, Núria Pradas
© 2010, de esta traducción, Noemí Risco
© 2010, Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambuamerica.com

Título original: *Heka*

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Miquel Puig

Fotografías del desplegable: Age-Fotostock,
AISA, ALBUM y Getty-Images.
Ilustraciones: Montserrat Batet

Tercera edición: diciembre de 2013
ISBN: 978-84-8343-223-5
Depósito legal: B-13690-2012
Printed in Spain
Impreso en ANZOS, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Agradecemos al Museo Egipcio de Barcelona
el asesoramiento prestado.



MUSEU
EGIPCI
DE BARCELONA

FUNDACIÓ ARQUEOLÒGICA CLOS

Para la transcripción de los nombres egipcios se ha
tenido en cuenta «La transcripción castellana de los
nombres propios egipcios», de J. Padró. Ano, 5 (1987)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autorización de
los titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 445).

Índice

Víctor	7
Tutmosis	15
Jepri	21
Hatshepsut	29
El médico	35
Waset (Tebas)	45
El soldado	53
El río	57
Inebu-Hedy, «las murallas blancas» (Menfis)	63
La tumba	74
La caza	82
El enemigo	94
<i>El Libro de los Muertos</i>	102
Heka	108

Víctor

«**L**e costaba aceptar la transformación de su carne. Aunque había sabido de antemano que eso iba a ocurrir –y en algún momento había dado la bienvenida a esa perspectiva, pues confirmaba definitivamente que era un Jinete...»

–¡Víctor, haz el favor de apagar la luz y ponerte a dormir!

«...Lamentaba no poder opinar sobre cómo se iba alterando su cuerpo, aunque al mismo tiempo sentía curiosidad por saber adonde lo llevaría ese proceso. Además, se daba cuenta de que, como humano, estaba en plena adolescencia...»

–¡Víctoooooor!

Víctor levantó los ojos del libro que estaba leyendo. La voz de su madre sonaba próxima y amenazadora. Se acercaba el momento en que entraría en la habitación y le arrebataría el libro de las manos. ¡Como siempre!

La curiosidad lo llevó a desafiar un poco más la autoridad materna y leyó la última línea, en un acto lleno de heroísmo.

«¿Cuándo sabré por fin quién y qué soy?»

La sombra de su madre se dibujaba en la pared del pasillo. El tiempo se agotaba y la paciencia de su madre, también. Puso cuidadosamente el punto en la página que había acabado de leer y dejó el libro en la mesilla de noche. Se quitó los anteojos y los colocó encima del libro. Los miró de reojo. No le gustaban aquellos anteojos; pero su madre decía que eran como un tanque de guerra. ¡Indestructibles!

Al final apagó la luz. Los pasos de su madre se perdieron por el pasillo.

Víctor se quedó mirando la oscuridad con los ojos bien abiertos. Las últimas palabras que había leído se le habían grabado en negrita en el cerebro:

«¿Cuándo sabré por fin quién y qué soy?»

No se le había pasado nunca por la cabeza una pregunta como aquella. Supuso que era la clase de pregunta que se hacían los héroes. La repitió mentalmente:

«¿Cuándo sabré por fin quién y qué soy?»

Pensó que él era un niño bastante normal. Un niño de doce años larguirucho, delgado, con las piernas como alambres; un rubio con el pelo tan enmarañado que no había peine en el mundo que pudiera desenredarlo. Era alguien que tan solo ocupaba un espacio, más bien pequeño, en la habitación, en casa, en el colegio, en la vida... Alguien muy diferente a Eragon, su héroe. ¡Eso era evidente! Por no tener, no tenía ni una Saphira que le leyera sus pensamientos.

Sonrió por debajo de la manta:

«Lo de Saphira sí que me encantaría».

Ya se imaginaba llegando al colegio a lomos de la dragona, en vez de ir en aquel autobús que más bien parecía una lata de sardinas llena de niños y niñas legañosos y medio dormidos.

Los ojos comenzaron a pesarle. Amenazaban con cerrársele como dos persianas metálicas. Pero aquella pregunta le cosquilleaba el cerebro con insistencia: «¿Qué... soy? ¿Quién... soy...?»

Aquella noche, en sueños, Víctor cabalgó a lomos de un dragón de escamas verdes y ojos rojos. Atravesaron paisajes maravillosos, donde los colores eran tan diferentes a los que conocía, que no tenían nombre. Su vida era como un remolino en las aguas serenas de un lago azul. Él era fuerte. Era valiente. No llevaba aquellos anteojos horribles porque nadie le decía lo que tenía que hacer o lo que tenía que ponerse (¡Y además veía bien!). No sabía qué iba a hacer después, pero seguro que el siguiente día le traería cosas aún más maravillosas.

Se despertó muy sudado, después de que su madre die-
ra en el objetivo con su súper grito matutino. ¡Qué manera más poco heroica de comenzar un nuevo día! Al incorporarse, comprobó, un poco extrañado, que le dolía mucho todo el cuerpo. Tenía los huesos tan molidos como si en realidad hubiera estado cabalgando toda la noche a lomos de un dragón. Aquella idea lo hizo sonreír mientras, bajo la ducha, intentaba quitarse de encima las últimas motas de sus sueños.

Aquel día que comenzaba prometía ser exactamente igual a todos los días que le habían precedido: despertador «materno», ducha y desayuno rápido, de pie, en la cocina.

Siempre era así; pero hasta ahora nunca se había planteado que podía ser diferente.

Se colgó la mochila a la espalda y, caminando encorvado por el peso, se dirigió hacia la parada del autobús que lo llevaba al colegio. Como cada día se encontró con su amigo Jaume Camperols que, ya de buena mañana, se ponía a hacer las canalladas más estrambóticas que uno se pueda imaginar; con Roger Miró, el rey de los chistes malos. Con Mariona Esteve y sus ganas incontrolables de hablar. Y, evidentemente, con los ojos negros y misteriosos de Claudia que, para su desgracia, parecía como si no se hubiera enterado de su existencia sobre el planeta Tierra; y eso que se conocían desde pequeños. Puesto que después de enviarle una docena de miradas llenas de «intención», ella seguía haciendo como si Víctor fuera invisible, él decidió encerrarse en sus pensamientos. Todavía mascullaba aquellas palabras que tanto le habían impresionado:

«¿Cuándo sabré por fin quién y qué soy?»

Y es que desde que Víctor había leído estas palabras, una especie de vuelo de mariposas le hacía cosquillas en la barriga. Y no sabía por qué.

«¿A lo mejor son unas palabras mágicas?», se preguntó.

Fuera como fuera, el caso era que sentía en su interior una sensación nueva e inexplicable. Era como si le faltara oxígeno para respirar. Como si la vida se le hubiera quedado pequeña, como pasa con los pantalones de un año a otro. Era como si no tuviera suficiente con lo que le ocurría cada día, como si esperara desesperadamente alguna cosa que tenía que llegar. Una cosa extraordinaria. Sí,

era como si esperara una respuesta. Mejor dicho, LA RESPUESTA a aquel interrogante que se le había clavado en el cerebro.

Sacudió la cabeza para deshacerse de aquel montón de ideas inquietantes. Bueno, al fin y al cabo debían de ser solo paranoias suyas. Tal vez tenía razón su madre cuando decía que no tenía que leer hasta tan tarde. Tal vez sí que la realidad y la fantasía se le habían entrelazado en la mente.

Se propuso aterrizar en el mundo de los comunes mortales. Y como todos los comunes mortales en aquel momento se reían de un chiste de Miró, él también se puso a reír, aunque no sabía de qué.

Al bajar del autobús, empezaron a caminar con una parsimonia exasperante (la velocidad a la que caminaban Víctor y sus compañeros era directamente proporcional a las pocas ganas que tenían de llegar al colegio). Como cada día, les faltó un pelo para que les cerraran en las narices la pesada puerta de entrada.

Subieron trotando hasta el segundo piso y abrieron la puerta del aula. El profesor de matemáticas estaba pasando lista y les envió la primera mirada asesina de la mañana. ¡Como siempre!

Pese a todo, Víctor no era de los alumnos que acumulaban broncas y castigos. Los profesores lo consideraban un buen chico, un alumno nada problemático. Era un estudiante medio; un deportista regular. No hablaba mucho en clase y hacía los deberes casi cada día. Ya lo hemos dicho: un buen chico.

En casa tampoco daba problemas; bueno, de hecho solo discutía con su madre por la manía que tenía de comprarle

anteojos patéticos y por su otra manía, la de hacerle apagar la luz aunque Eragon estuviera a punto de enfrentarse al mismísimo Ra-Zac.

En resumen, Víctor era un chico de lo más normal. Un chico casi invisible.

Aquel día siguió las clases con toda la atención que pudo. Por la tarde, empezó a lloviznar y los ojos se le quedaron enredados entre las diminutas gotas de lluvia que golpeaban rítmicamente los cristales. Las voces de los profesores se convirtieron en un susurro lejano y su humor se fue oscureciendo a la vez que se oscurecía el cielo. Ahora parecía como si las mariposas de la barriga hubieran enloquecido.

Al terminar las clases, tenía entrenamiento de balonmano. Se lo pasaba bien entrenando. Nunca había faltado a un entrenamiento. Pero, sin saber muy bien por qué, una idea estrafalaria, nueva y temeraria, le atravesó el cerebro a la velocidad de la luz: ¡hoy faltaría!

Con el miedo del que no está acostumbrado a saltarse las reglas, se escapó del colegio y procuró que no lo viera ningún profesor. También intentó no tropezarse con ningún compañero del equipo y, menos aún, con el entrenador.

No fue una misión arriesgada, como él pensaba. Al contrario, salió a la calle sin ninguna dificultad. Había parado de llover. Una pátina de humedad hacía brillar las aceras, los coches, los edificios... La ciudad parecía encantada; estaba mojada y tenuemente iluminada por una luz neblinosa.

Pensó que el parque, aquel donde iba con su madre a jugar con la arena, sería un buen sitio para pasar el rato mientras duraba el entrenamiento. ¡No podía volver a casa tan

pronto! No había pensado en ninguna excusa convincente y su madre tenía una vocación innata de detective. Bien, casi se podía decir que tenía un máster detectivesco, porque siempre acababa descubriendo lo que se proponía descubrir.

Después de la lluvia, el parque estaba poco concurrido. Los árboles chorreaban gotas de agua. Una luz gris y misteriosa lo envolvía todo. Reinaba el silencio. Parecía uno de los bosques enigmáticos de sus libros de dragones.

Se sentó en un banco sin preocuparse de la humedad que le calaba la ropa. Pero enseguida empezó a tener frío. El cielo se iba oscureciendo y, de hecho, lo que deseaba más en aquel momento era irse a casa a merendar. Pero había tomado una decisión y la iba a mantener. Había sido capaz de cambiar la rutina de cada día. De romper las normas. Para Víctor, era como una especie de experimento; unos gramos de novedad en la vida de cada día. No. No se echaría atrás. Bueno, de hecho, ya no podía echarse atrás.

Una sombra negra lo invadió:

«¡Qué tontería! –pensó–. ¡Y qué aburrimiento!» –siguió murmurando su cerebro.

Agarró una rama y se puso a dibujar el contorno de Saphira, la dragona de Eragon, sobre la tierra arenosa y húmeda del parque. No era la primera vez que dibujaba a Saphira, aunque normalmente utilizaba papel y lápiz. Echaba de menos no tener a mano alguna cosa verde con la que representar la bella piel escamada de Saphira.

Pensó que estaba alucinando por el hambre, o por el miedo, porque de repente le pareció ver un resplandor verde, en el suelo, dentro del perfil del dragón.

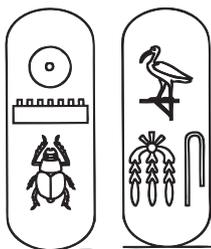
Primero se asustó un poco; después, en cambio, usó la cabeza para encontrar una explicación. Seguramente, aquello verde, fuera lo que fuera, debió de haberse quedado enterrado a poca profundidad y sus maniobras con la rama lo debieron de sacar a la superficie. Siguió dándole al objeto con la rama, hasta que quedó al descubierto.

Brillaba. Brillaba mucho. A simple vista parecía un escarabajo. Pero no era un escarabajo normal, sino una especie de joya muy bonita, con un resplandor metálico y esmeralda.

Se inclinó para ver mejor aquel objeto. El corazón y la curiosidad fueron más deprisa que la razón y la prudencia. Víctor estiró la mano hasta tocar el escarabajo brillante.

Inmediatamente sintió como si un rayo le estuviera atravesando la mano. Después, el mundo desapareció.

Tutmosis



Parpadeó varias veces. Intentaba abrir los ojos, pero aquel movimiento tan insignificante le suponía un esfuerzo enorme. Tenía el cuerpo destrozado. Se dio cuenta de que estaba estirado en el suelo. Pero no era el suelo húmedo del parque.

Ahora sí que abrió los ojos. Lo veía todo borroso. Instintivamente, hizo el gesto de subirse los anteojos. Pero no los llevaba puestos. El corazón se le subió a la garganta. Sin anteojos era hombre... bueno, niño perdido. Palpó el suelo. ¡Uf, estaban allí, a su lado! Se los puso. Su madre tenía razón: eran feos, pero fuertes y no se habían roto. Eso sí, estaban completamente torcidos, el ojo derecho hacia arriba y el izquierdo hacia abajo. Tenía que girar la cabeza de una forma extraña para poder ver algo. Y lo que vio, a través de sus anteojos torcidos, lo dejó estupefacto.

Dio un salto del susto; un salto que ni él mismo se creía capaz de dar. Se quedó medio incorporado. Le costaba asi-

milar la información que los ojos le transmitían al cerebro. Una cara rarísima lo miraba con los ojos tan abiertos de par en par como los suyos. Un rostro que parecía tener tanto miedo de Víctor, como Víctor de él.

Las dos caras asustadas se quedaron quietas, observándose mutuamente. La tensión se palpaba en el aire.

Víctor puso toda su atención en aquella cara misteriosa. Al parecer pertenecía a un niño de su misma edad. Pero era muy raro. Llevaba la cabeza casi pelada; solo le caía por el lado derecho, recogido en una coleta, un mechón de pelo, negro como la noche. ¡Ah! E iba medio desnudo. Llevaba una faldita –sí, sí... lo han leído bien– blanca, sujeta con un nudo delante. El niño tenía las cejas negras y espesas, los ojos muy abiertos y redondos, y las orejas parecían muy grandes, colocadas una a cada lado de aquella cabeza casi yerma.

–¿Quién eres tú? –preguntó Víctor, tartamudeando asustado.

El niño también tartamudeó un poco, pero con una especie de galimatías completamente incomprensible.

Estaba claro que no hablaba español. Ni inglés. Ni francés. Ni..., ¿en qué idioma hablaba aquel chico?

Se volvió a hacer el silencio. El niño de la coleta, que, hasta ahora, se había quedado inclinado encima de Víctor, estudiándolo, observándolo como si él fuera el bicho raro, se enderezó y levantó la cabeza como un pavo real, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho con fanfarronería.

No pintaba nada bien. ¿Acaso buscaba pelea? Víctor pensó que era más prudente levantarse y ser amable. Alargó el

brazo derecho hacia el chico, para saludarlo, y al abrir la mano, que mantenía cerrada con fuerza, para estrechársela, cayó un objeto al suelo. Los dos se lo quedaron mirando fijamente.

¡El escarabajo! Con tantas sorpresas, Víctor se había olvidado de aquel hallazgo verde y candente. ¡Uf!, Ahora se daba cuenta de cómo le escocía la mano.

El niño estrambótico volvió a parlotear de aquella manera extraña. Parecía muy sorprendido. Se dirigió a una mesa pequeña, sobre la que había un cofre que brillaba. Lo adornaban muchas joyas incrustadas. El niño lo abrió y sacó un escarabajo idéntico al de Víctor. Se le acercó, con su escarabajo esmeralda en la mano. Víctor pensó que si un escarabajo escocía de aquella manera, dos podían ser muy peligrosos. Así que retrocedió unos pasos, mientras agradecía el detalle con una sonrisa y lo rechazaba con la mano.

Pero el muchacho era tozudo y, sin hacer caso de las reticencias de Víctor, continuó acercándosele, hasta que él, de tanto retroceder, chocó contra una pared, a la que se quedó enganchado como una mosca.

Entonces, aquel niño estrambótico, y probablemente peligroso, recogió el escarabajo que estaba en el suelo, el que se le había caído a Víctor y se lo volvió a poner en la mano, quisiera él o no. Víctor pudo comprobar, aliviado, que ahora el escarabajo ya no quemaba. Al contrario, una sensación placentera, una gran relajación le inundó el cuerpo.

El niño giró su escarabajo. La parte de abajo era plana y tenía unas inscripciones. Víctor lo imitó. «Su» escarabajo era idéntico. Tenía las mismas inscripciones. ¡Sin duda, los escarabajos eran gemelos!